

EDUCAR PARA LA SOLIDARIDAD Y LA CONVIVENCIA

Ricardo J. Márquez Muskus, PhD

REALIDAD COMPLEJA Y PARADÓJICA

Lunes 28 de Enero del 2002. El Nacional, A-10

Jerusalén/AP-EFE-AFP

“Una mujer palestina detonó su carga explosiva en el centro de Jerusalén, causando la muerte de un hombre además de la suya...Es la primera vez que una mujer palestina perpetúa un ataque suicida...100 personas resultaron heridas.”

Enero, 2002

Una mujer joven, venezolana, madre soltera con tres niños solicita un préstamo para reparar su carro de perros calientes recientemente destruido por unos malandros. Quiere seguir produciendo para mantener los tres niños que están a su cargo: su hijo de 2 años, el hijo de su hermana fallecida en el Edo. Vargas de 7 años y una bebé recién nacida abandonada por la esposa de su hermano.

Esta realidad paradójica y compleja me recuerda el cuento de Jesús sobre el trigo y la cizaña. En el mundo de hoy, en la historia de ayer y en el porvenir hay una tensión entre la luz y las tinieblas, entre el bien y el mal, entre la paz y la violencia. Si el mundo es como un campo, hay trabajadores que siembran buenas semillas, pero mientras “duermen”, otros siembran sus mensajes y valores de hedonismo y violencia. En el tiempo ambos crecen y han crecido en todas las épocas de la humanidad. Durante un tiempo crecen juntas y en la dinámica cotidiana se entrecruzan y entremezclan. La recomendación del Maestro es esperar hasta que se puedan distinguir

claramente. Esta recomendación es difícil de seguir ante las urgencias e injusticias que nos rodean. ¿Hasta cuándo esperar? ¿Qué hacer mientras esperamos?. No hay fórmulas ni recetas de acción para estas circunstancias, la advertencia de fondo, sin embargo, sigue siendo válida: que el apuro y la ansiedad no pongan en peligro el resultado final, que es salvar la cosecha y recoger los frutos originales de la buena semilla.

LA PERCEPCION SELECTIVA

Al observar la situación actual con el lente de la solidaridad y la convivencia es importante estar conscientes de cómo construimos nuestras percepciones de la realidad. Lo que hoy pensamos y creemos sobre la situación de la convivencia y la solidaridad en el mundo depende de lo que hayamos elegido ver, escuchar y creer. Nuestras percepciones y opiniones sobre la realidad son “opciones” que no necesariamente dan cuenta de la realidad en su totalidad. La prensa y los estudios estadísticos dan cuenta de algunos aspectos de la realidad que enriquecen nuestra percepción, pero simultáneamente ocurren millones de acciones que no son registradas ni publicitadas.

“Los conceptos nos permiten pensar, pero también nos lo impiden. Fijan límites a los que dirigimos nuestra atención y al hacerlo recortan de la multiplicidad un fragmento con sentido; al mismo tiempo dejan en sombras una riqueza múltiple...Armados con nuestros conceptos, aislamos de la realidad algunos planos y les llamamos hechos...y lo que verdaderamente tenemos delante de los ojos, nuestra experiencia íntima y personal va perdiendo fuerza.” (Lores, María, 1993, p. 109)

Una sana tensión entre estas dos polaridades nos ayudará a superar la desesperanza y la ingenuidad. Nos corresponde reconocer las tinieblas, pero igualmente poner la luz en los candeleros.

CLARIFICANDO LOS TÉRMINOS: EDUCAR, SOLIDARIDAD Y CONVIVENCIA

Solidaridad

La solidaridad se refiere a la capacidad humana de estar con otro o con otros formando una unidad. La solidaridad se expresa mediante acciones.

Nos unimos a otros con nuestra ayuda concreta. La solidaridad también se expresa mediante opiniones, intereses, propósitos y sentimientos. La solidaridad no es sólo un fenómeno sentimental. Para ser solidario o hacerse solidario no basta sentir compasión por el otro en su tragedia o dificultad, esta solidaridad sentimental es frágil y pasajera sino se fundamenta en la convicción y la vivencia que todos formamos una unidad. Las palabras de Jesús hacen eco a esta solidaridad-unidad originaria olvidada y transgredida: “Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros” (Jn.17,21).

La solidaridad es un hecho dado desde que nacemos y nos toca compartir el único planeta donde vivimos todos juntos. Esa unidad original se rompe posteriormente con el surgimiento de creencias, valores y actitudes individualistas que nos llevan a vernos y tratarnos como diferentes, como no-uno.

La solidaridad se fundamenta en el reconocimiento profundo del otro como uno-igual-a-mí. En la solidaridad reside la posibilidad que tiene la Vida de mantenerse y preservarse. Solidarios para cuidar nuestro planeta, la casa grande donde vivimos. Unidos para que las necesidades de salud, alimentación, vivienda y educación de todos los que son como “uno” sean cubiertas. Unidos para crear condiciones donde todos puedan nacer, crecer y morir con la dignidad que se merecen.

La solidaridad necesaria para compartir territorios y crear condiciones de vida digna para todos se ve obscurida por ideologías, creencias y percepciones de la realidad que se quieren imponer a otros. El no reconocimiento e irrespeto a la dimensión constitutiva de la solidaridad humana lleva a la violencia y a la destrucción. Las heridas entre grupos y etnias han sido tan profundas y duraderas que han impedido identificar la realidad básica que nos une. Los odios, las revanchas y rencores nos han cegado para reconocer en los otros los mismos anhelos de paz, respeto y justicia que nos animan .

Para la humanidad y para nuestra sociedad no hay salida sin solidaridad. No hay salida sin unidad para cuidar el don de la vida en todas sus manifestaciones. La solidaridad no es opcional, es una realidad constitutiva de la red de relaciones que es la vida. El esfuerzo de la educación y los educadores debe centrarse en recordar, explicitar, y modelar el comportamiento solidario que exprese el reconocimiento de que todos somos “Uno” . Todos estamos unidos en esta aventura común que es nuestra historia. Vivimos

juntos, unidos en un sistema de interrelaciones que si no lo cuidamos terminará autodestruyéndose a través de la violencia o la indiferencia.

En esta tierra hay recursos suficientes para satisfacer las necesidades de todos, pero no hay suficiente para satisfacer la avaricia de todos (Gandhi).

Convivencia

La convivencia se refiere a la acción de convivir, es decir a las relaciones que se dan entre los que viven juntos bajo un mismo techo, en una misma nación o en el mundo. Una buena convivencia se reconoce en el respeto a los acuerdos que las personas y grupos hacen para facilitar la vida en común. Las constituciones y las leyes son por lo general contratos sociales sobre los cuales un conjunto de individuos acuerdan cumplir con lo establecido para vivir dignamente y en paz. La convivencia es fructífera cuando los acuerdos expresan y contemplan los intereses de la colectividad y no los de un grupo particular.

La convivencia es un aprendizaje. Cuando un papá o una mamá hablan con un tono cordial de voz están educando para la convivencia. Cuando un entrenador pone el énfasis en las jugadas y no en la derrota del contrario está educando para convivencia. Cuando un maestro se toma tiempo para escuchar y compartir las inquietudes de sus alumnos está educando para la convivencia. Cuando recogemos la basura y la ponemos en el lugar correspondiente estamos contribuyendo a la convivencia. Cuando un gobernante crea las condiciones para que se escuchen las diferentes posiciones y se logren acuerdos para el bien del país, está favoreciendo la convivencia.

La convivencia es favorecida u obstaculizada por circunstancias políticas y económicas. El desempleo y la pobreza no favorecen la convivencia. El maltrato a los niños y mujeres en las grandes metrópolis aumenta cuando las condiciones económicas se hacen más apremiantes. La aglomeración de personas en las grandes ciudades no favorece la convivencia. El hacinamiento propicia la agresión y la violencia.

La convivencia es posible y promisoria cuando los implicados en la relación expresan y captan simultáneamente el interés del otro por cuidar la relación, por hacer todo lo necesario para mantener y acrecentar los vínculos. La convivencia implica conflictos y desavenencias, se puede romper y se

puede reconstruir. La convivencia se mantiene a través de lo que cada uno de los implicados hace para mantenerla. Para convivir primero hay que vivir, es decir, la convivencia se construye con vida mutua, poniéndole cada quien vida a la convivencia. La mejor contribución que se le puede hacer a una convivencia es cuidar y desarrollar la propia vida.

Educar

Educar (*e-ducere*) es la acción de conducir hacia fuera o explicitar el máximo potencial del ser humano. En este sentido los educadores son como parteros que ayudan a dar a luz la vida que está escondida en de cada ser humano. Educar es la acción de crear las condiciones y los contextos para que ese potencial llegue a su mejor expresión y desarrollo. Los educadores serían como los coreógrafos que preparan los escenarios para que cada artista de la vida pueda presentar al mundo su obra maestra. Educar es modelar en pensamientos, palabras y acciones los valores y creencias que sirven de guía para la convivencia y la solidaridad. El aprendizaje es un proceso de socialización donde el modelaje juega un papel preponderante. Los seres humanos aprendemos por imitación en sus niveles básicos y fundamentales de nuestra vida.

Aprendemos interactuando con otros. La interacción primaria que todos los seres humanos tenemos al iniciar nuestra vida es con la mujer que nos lleva en su vientre. Hoy sabemos que lo que allí ocurre afecta fuertemente la vida del adulto. Desde aquí comienzan la primeras acciones educativas más poderosas porque son las que dejan los primeros surcos o huellas sobre los que posteriormente circularán las aguas de cada historia personal. Estas huellas se forman a través del lenguaje básico del cuerpo, las hormonas, la sangre, el tacto y los sonidos.

Es popularmente aceptado, y confirmado posteriormente por estudios científicos, que lo que ocurre en los primeros momentos de la vida deja señales que permanecen por el resto de la vida en los adultos. Por ejemplo, cuando una mujer embarazada quiere y desea a su bebé se detectan mayores niveles en sangre de hormonas como la oxitocina, vasopresina y serotonina, que pasan por el torrente sanguíneo al bebé (Janov, A., 2000, p. 18). Estas hormonas son los transportadores químicos de las emociones y su presencia está relacionada con experiencias de afecto y amor. Esto quiere decir que un bebé

que crece en este contexto está neurológicamente mejor preparado para la solidaridad y la convivencia que otro bebé no deseado o rechazado. Anatómica y fisiológicamente hay diferencias entre los cerebros de un niño querido y uno maltratado. Cuando los que interactúan con un bebé en sus primeros años no establecen una relación amorosa con él/ella, las células nerviosas y ciertas estructuras cerebrales no se desarrollan apropiadamente, afectando las capacidades lógicas, del pensar y del sentir.

LA FAMILIA – LA PRIMERA ESCUELA

Lo que ocurre en esta “factoría de seres humanos” (Virginia Satir) es determinante para la humanidad. La familia, o cualquier otro grupo referencial donde nazca, crezca y se desarrolle un ser humano es el contexto donde se aprende a interactuar y relacionar con otros. Es la primera escuela de educación para la solidaridad y la convivencia. Los padres o los que cuidan a los niños comienzan a modelar conductas y patrones de comunicación que llevarán a la formación de personas de diferentes características y personalidades.

Si un niño es criticado aprende a criticar. Si un niño es escuchado aprende a escuchar. Si un niño es respetado aprende a respetar. Si un niño es despreciado aprende a despreciar... Si un niño ve y siente la solidaridad en quienes lo acompañan aprende naturalmente a ser solidario.

Lo que hoy vemos y experimentamos de violencia, violación de los derechos humanos e injusticias tuvo su origen en las primeras experiencias de quienes fueron algún día niños en una familia que no ofreció las condiciones para que las semillas de la solidaridad y la convivencia crecieran. No hay que esperar grandes estudios ni revelaciones especiales para darse cuenta que en el núcleo familiar está el origen de las conductas que hoy predominan en la sociedad y en el mundo. En los libros se aprenden los conceptos de solidaridad, pero en la familia comienza a experimentarse, vivirse y practicarse.

Educar la mente

Educar la mente para la solidaridad y la convivencia tiene que ver con ofrecer las informaciones, los análisis y conocimientos que tenemos sobre la realidad social, política y cultural que vivimos.

- El nivel de desempleo en nuestro país está entre el 15% (OCEI) y el 20% (Conindustria y CTV)
- Más de cuatro millones de venezolanos no tienen trabajo estable. Sus ingresos son bajos e inconstantes.
- El 20% de la población más rica recibe el 53% del ingreso nacional, mientras que el 20% más pobre sólo accede al 4%. (Torres, G., 2001, p.23)
- 40% de la población vive en condiciones de pobreza crítica.
- La delincuencia, los homicidios y los secuestros han aumentado.
- Más de un millón y medio de niños y jóvenes están fuera del sistema escolar.

Estas cifras, y otras que se podrían recoger, nos están dando información sobre la realidad. Son fuentes para la reflexión. Ayudan a tomar conciencia de los problemas y reconocer que estamos lejos de la situación de convivencia y solidaridad que deseamos. La información sirve para la planificación y la toma de decisiones.

Las informaciones y los análisis no son suficientes. Hay que nutrir la mente también con visiones, sueños y utopías. El uso exagerado de lo racional mata la esperanza. La creatividad y la capacidad de ver más allá de lo observado son fuente de inspiración y motivación. Los problemas desde esta perspectiva se convierten en retos y posibilidades.

Educar la mente tiene que ver entonces con educar para ver y analizar críticamente la realidad en sus “partes”, sin perder de vista el “todo”, la globalidad.

Educar el corazón

Si la “conclusión” es la finalidad de los procesos racionales, la “empatía” y la “compasión” lo son de los procesos afectivos (De Beauport, 1994, 169).

La educación del corazón tiene que ver con las silenciosas lecciones de amor que se dan desde los primeros años de vida. Los padres, familiares, amigos y maestros juegan un papel muy importante en este proceso. Las

experiencias que afectan el mundo emocional permanecen largo tiempo en la memoria. Basta que se de un gesto o señal que recuerde una situación cargada emocionalmente para que se disparen mecanismos que reproducen y actualizan los sentimientos con la misma intensidad del pasado. La memoria emocional es atemporal.

Los niños son como unos sensores de alta resolución. Antes del desarrollo de sus capacidades cognitivas y verbales ellos sienten y “conocen”. Ellos saben si son aceptados y queridos, ellos experimentan el rechazo, la frialdad y el cariño a su alrededor. Estas experiencias dejan huellas indelebles en la psicología y personalidad del futuro adulto.

Las emociones son como fuerzas y lenguajes subterráneos que le dan forma a nuestras vidas, afectan las percepciones, lo que pensamos, los estados de ánimo, las sensaciones corporales y nuestras acciones.

La falta de amor en los primeros años crea desbalances químicos y fisiológicos que posteriormente se quieren restablecer con drogas. El Prozac, por ejemplo, se le da a los pacientes deprimidos para asegurar un nivel adecuado de serotonina en las sinapsis cerebrales. Esto es lo que naturalmente se produce en el cuerpo cuando dos seres humanos se abrazan y se besan amorosamente (Janov,2000, p.41)

Los actos de violencia y abuso son explicitaciones de procesos que comenzaron mucho antes y durante mucho tiempo. Para poder agredir y maltratar a alguien tengo que haber aprendido a verlo como separado y distinto de mi, tengo que haber aprendido a juzgarlo, rechazarlo y criticarlo, tengo que haber aprendido a desensibilizarme ante el valor de su vida. Los maltratos y abusos físicos crean bloques mentales y emocionales para poder sobrevivir al dolor que producen. A la larga van generando adormecimiento de la sensibilidad, agresividad y finalmente una sensación de separación del resto de la humanidad. Sólo cuando me hago insensible ante el otro puedo agredirlo y maltratarlo.

Sin la creación adecuada de contextos que favorezcan el cuidado y el amor desde los primeros años de existencia es inútil hablar de paz, solidaridad y convivencia humana. La educación afectiva, la educación en el sentir, es la base sobre la que se construye la empatía y la compasión, claves para la solidaridad y la convivencia.

La educación del corazón tiene que ver con las formas como aprendemos a relacionarnos con las emociones propias y de los otros. Las emociones son fuentes de información y oportunidades para recrear y renovar las relaciones humanas. Las emociones son como el fuego, bien utilizadas y en contextos adecuados sirven para cocinar y mantener el calor, fuera de control queman y destruyen.

Enfrentar y aprender de las emociones contribuye más a la solidaridad y a la convivencia que su evasión o supresión. Si la premisa para educar la mente es reconocer la propia ignorancia, la premisa para educar el corazón es reconocer la propia vulnerabilidad. Sólo cuando nos dejamos afectar por el entorno es posible una respuesta emocional, de lo contrario, para evitar conmovernos vamos “desafectándonos” enfriando la realidad a través de la racionalización. La tensión que producen las emociones en nuestro mundo interior, sin importar su signo, nos brindan la oportunidad de humanizarnos, de ampliar nuestra capacidad de empatizar con otros seres humanos, de hacernos magnánimos (alma grande).

Educar el actuar

Una acción solidaria vale más que mil palabras. La conducta humana es aprendida a través del modelaje, el refuerzo social y el tiempo. Lo que hemos ido archivando en nuestra memoria es lo que finalmente nos sirve de guía para la acción.

En la base de nuestro actuar están los valores, hábitos y creencias. Aprendemos por imitación y repetición de comportamientos de las personas que nos rodean desde que nacemos. Las repeticiones van creando adicciones, positivas o negativas. Los hábitos y las costumbres se van haciendo a base de repeticiones. Estos mecanismos constituyen la base de la territorialidad y seguridad del ser humano.

Los valores de individualismo, utilitarismo, unidos a la competencia y la sobrevivencia del más fuerte nos rodean e invaden a través de los medios de comunicación social. El predominio de estos mensajes y la cantidad de horas promedio que pasa un niño frente a un televisor ponen en evidencia el papel educador que tienen estos medios para la convivencia y la solidaridad. Vivimos inmersos en una cultura de guerra y no de paz. La labor educativa

que se realiza a favor del “desarme cultural” al interno de las familias, en iglesias y escuelas es realmente contra corriente.

La convivencia entre los seres humanos depende de la aceptación y el respeto que se tenga de las creencias, valores, hábitos y costumbres de cada quien. Aquí reside la posibilidad de la paz y la solidaridad o de la violencia y la agresión. Dar ejemplo de tolerancia de las diferencias es el camino privilegiado para asentar las bases de la convivencia. Cada vez que un grupo político o religioso considera que sus creencias y valores son los más auténticos y verdaderos está creando las condiciones para la violencia. Por el contrario, cuando un grupo de ciudadanos toma la iniciativa de fundar en la Palestina de hoy una escuela donde niños judíos y palestinos crezcan juntos, aprendan a conocerse y apreciarse, están sembrando las semillas de la convivencia del futuro.

La convivencia se rompe en lo concreto cuando un vecino tiene la costumbre de poner su equipo de sonido a todo volumen, cuando tira la basura en los terrenos de otro, cuando se conecta al tubo de agua y le quita la presión. La convivencia se rompe en un país cuando uno de cada tres habitantes, como es el caso de Venezuela, no tiene acceso a la canasta básica de alimentos. Cuando el 40% de los ciudadanos vive en condiciones precarias y no cuentan con los servicios básicos de agua, salud y educación. Sin justicia no es posible la paz.

La convivencia en un país requiere de leyes y acciones concretas que le garanticen a sus ciudadanos las necesidades y servicios básicos. Las iniciativas que grupos y organizaciones tomen para respaldar leyes o iniciativas que favorezcan a los sectores más desprotegidos de la sociedad están contribuyendo a la convivencia de los ciudadanos del futuro.

La convivencia requiere de cambios profundos en el interior de cada persona, a la vez que cambios estructurales en la sociedad. Es una realidad sistémica. Cualquier cambio en cualquiera de sus dimensiones particulares o públicas genera cambios en el sistema.

REFLEXIONES FINALES PARA LOS NUEVOS TIEMPOS

Una propuesta de educación para la solidaridad y la convivencia debe tomar en cuenta las tres dimensiones descritas de la mente, el corazón y la

acción. Cada una de ellas tiene algo que aportar al logro de las condiciones que queremos para la humanidad, con sus características y pedagogías específicas. Educar la mente para el conocimiento y la identificación de los problemas, la planificación y la jerarquización de las necesidades que contribuyan a la construcción de una sociedad que viva en solidaridad. Alimentar los sueños y las intuiciones que mantengan vivas las esperanzas y la motivación.

Educar el corazón para la empatía y la compasión. Crear las condiciones para sentir con el otro y ponerse en sus zapatos. La solidaridad se sustenta en la experiencia afectiva con el “otro” que se siente como “uno”.

Modelar, apoyar e invertir tiempo desde los primeros momentos de la vida para transmitir y consolidar valores, hábitos y rutinas que favorezcan la convivencia y la solidaridad. Sembrar la realidad con acciones e iniciativas que por la vía de los hechos expresen la voluntad de crear condiciones sociales de justicia.

Cada uno de nosotros, desde nuestra función social puede considerar estas ideas como guías y mapas educativos. La creación de una sociedad que sepa convivir y sea solidaria requerirá de cada una de estas dimensiones de la vida, la falta de una de ellas hará el proceso incompleto y desarmónico.

En las tradiciones de la sabiduría oriental, Confucio (551 AC), propone un proyecto educativo para llegar a ser un verdadero adulto, hoy podríamos decir un buen ciudadano, capaz de convivir en solidaridad con sus semejantes. El gran aprendizaje consiste en tener una personalidad definida, amar al pueblo y buscar siempre el bien supremo. Los adultos que quieran organizar la sociedad y el estado, deben primero ordenar su familia. Aquellos que quieran ordenar sus familias deben primero cultivar su vida personal. Los que quieran cultivar su vida personal deben primero rectificar sus mentes. Los que quieran rectificar sus mentes deben primero sincerar su voluntad. Los que quieran sincerar su voluntad deben primero profundizar en el conocimiento de sí mismo (Novak, 1994, pp.133-134).

REFERENCIAS

- DE BEAUPORT, Elaine (1994). *Las Tres Caras de la Mente*, Caracas: Galax.
- JANOV, Arthur (2000). *The Biology of Love*, New York: Prometheus Books.
- NOVAK, Philip (1994). *The World's Wisdom*, New York: Harper.
- LORES, María (1993), "Hacia una epistemología integradora: paradigmas y metáforas"; en Osorio y Weinstein (Eds.), *El Corazón del Arco Iris*, Santiago de Chile: CEAAL.
- SATIR, Virginia (1988). *The New People Making*. Mountain View, CA: Science & Behavior Books.